

cia entences al que toma los auspicios el *tripudium solistimum* (1).

XXXV. ¿Acaso puede haber algo de divino en un auspicio tan poco natural y forzado? Los primeros augures no lo usaban, como lo prueba un antiguo decreto del colegio que declara que cualquier ave puede hacer el *tripudium*. Habría auspicio cuando el ave fuese libre para mostrarse, pudiendo considerársela como intérprete y mensajera de Júpiter. Pero hoy, que extenuada de hambre la traen en una jaula, ¿crees que si se lanza sobre la torta y deja caer un pedazo del pico, será esto un agüero, y á la manera que los tomaba Rómulo? ¿Crees que los que tomaban los agüeros en otro tiempo no observaban por sí mismos el cielo? Hoy está encargado el pollero de anunciar la voluntad de los Dioses. Consideramos como excelente auspicio un trueno á la izquierda, exceptuando cuando se trata de los comicios, habiéndose establecido esto en interés de la república, á fin de que los principales magistrados fuesen siempre árbitros de la oportunidad de los comicios, bien para juzgar, bien para sancionar las leyes, ó bien para la elección de cargos públicos. Pero dices: Scipión y Fígulo abdicaron el consulado después de la carta de Tiberio Graco confirmando el aviso de los augures y declarando que se habían tomado mal los agüeros. ¿Acaso niega alguien las reglas de los augures? Lo que niego es la adivinación. Pero los arúspices son adivinos, replicas. Habiéndoles llamado Tiberio Graco al Senado con ocasión de la repentina muerte del que recogía los votos de la primera centuria, dijeron que el que había recogido los votos no había sido justo. Considera ante todo que esta censura se dirigía también al que había recogido los votos de la primera centuria, y que había muerto. En esto solamente veo una conjetura y no una adivinación; una aserción atrevida,

(1) El mejor agüero.

porque en tales casos no debe excluirse nunca á la casualidad. Además, ¿qué podían saber de cierto los arúspices etruscos acerca de la tienda augural ó de las reglas del Pomerium? (1) Por mi parte prefiero la opinión de C. Marcelo á la de A. Claudio (ambos colegas míos), y creo que la institución de los augures, fundada al principio en la creencia de la adivinación, se conservó después por razones políticas.

XXXVI. Baste por ahora de este asunto, del que nos ocuparemos más extensamente en otro lugar. Pasemos á los augurios de otros pueblos, en los que interviene más la superstición que el arte. Éstos se sirven de toda clase de aves, nosotros de muy pocas. Lo que es siniestro para ellos, no lo es para nosotros. Deyotauro solía preguntarme acerca de las reglas de nuestros augures, y yo me informaba de las que ellos seguían. ¡Oh Dioses inmortales! ¿Qué diferencias, y frecuentemente cuánta oposición! Aquél recurría á los agüeros en toda ocasión, mientras que nosotros los empleamos rara vez y solamente cuando el pueblo nos confiere el derecho de hacerlo. Nuestros mayores no querían que se emprendiese una guerra sin consultar los auspicios: y ¡cuántos años hace que emprenden guerras los cónsules y proprettores que no tienen derecho para hacer la consulta! Prescíndese de ellos en el paso de los ríos, ni se hace caso del *tripudium*. En cuanto al presagio que se obtenía de la punta de las armas, M. Marcelo, cinco veces cónsul, tan excelente augur como general, había renunciado á él. ¿Qué se ha hecho de la adivinación por las aves? Abandonada por los generales, que no tienen derecho para recurrir á ella, ha quedado para los magistrados de la ciudad. El mismo Marcelo decía que, cuando meditaba alguna expedición, cerraba la litera para que no

(1) Explanada: espacio fuera de la ciudad en el que no se habitaba.

le detuviesen los auspicios. Precaución igual á la que tomaban nuestros augures, que, para evitar los auspicios conjuntos, mandaban enganchar separadamente los caballos. Ahora bien, impedir el auspicio ó negarse á verlo, ¿qué otra cosa es que rechazar las advertencias de Júpiter?

XXXVII. Te decía Deyotaro que no lamentaba haber creído en los auspicios que acompañaron su marcha al ejército de Pompeyo, porque consecuente con su fe y amistad al pueblo romano, había cumplido su deber, gloria que estimaba muy preferible á su reino y á sus bienes. Lo mismo pienso yo; pero esto nada tiene que ver con los auspicios. Una corneja no podía cantarle que hacía bien en prepararse á defender la libertad del pueblo romano. Esto lo sentiría él como lo sintió. Las aves solamente anuncian acontecimientos felices ó desgraciados; y Deyotaro siguió, según creo, los auspicios de la virtud, que nos manda sacrificar la fortuna al deber. Si las aves le anunciaron triunfos, le engañaron seguramente. Huyó del campo de batalla con Pompeyo: grave contratiempo. Se separó de él: acontecimiento deplorable. Recibió á César, como huésped y enemigo á la vez. ¿Qué cosa más triste? César, en fin, después de quitarle la Tetrarquía de los Trogmos, para dárla á no sé qué Pergameno de su comitiva; después de arrebatarle además la Armenia, que se la dió el Senado, despojó de todos sus bienes á este Príncipe, que como huésped le recibió con magnificencia verdaderamente regia. Pero queda algo que decir: volvamos al asunto. Si consideramos los acontecimientos que podían anunciar las aves á Deyotaro, todos fueron funestos: si consideramos la gloria de su abnegación, su virtud fué la que le inspiró y no los auspicios.

XXXVIII. Omite desde luego el cayado de Rómulo, que aseguras no pudo quedar consumido en un vasto incendio; desprecia también la piedra de Attio Navio; las fábulas y

cuentos no tienen cabida en la filosofía. Lo que el filósofo debía hacer era examinar primeramente la naturaleza de la ciencia augural y en seguida su origen y destino. ¿Pero cuál es la naturaleza de una ciencia que pretende que las aves nos dan advertencias volando hacia aquí ó hacia allá, y que con su vuelo ó su canto nos prohíben ó nos mandan obrar? ¿Por qué, unas á derecha y otras á la izquierda, pueden confirmar un auspicio? ¿Cómo, cuándo y por quién se inventaron estas reglas? Los Etruscos al menos tienen por autor de su ciencia á un niño desenterrado por un arado. Pero nosotros ¿á quién? ¿Attio Navio? Sabemos que Rómulo y Remo, mucho más antiguos que él, eran augures. ¿Atribuiremos el invento á los Psidios, Cilicios ó á los Frigios? ¿Serán peritos en cosas divinas los ignorantes de las cosas humanas?

XXXIX. Pero todos los reyes, pueblos y naciones usan los auspicios. ¿Como si hubiese algo más extendido que la vulgaridad, ó como si el número hubiese de servir de regla á nuestro juicio! ¿Qué pocos niegan que la voluptuosidad sea un bien! La muchedumbre la considera como el bien supremo. ¿Cambian por esto de opinión los Estoicos, ó cede el vulgo ante su autoridad? No es, pues, de extrañar si en achaque de auspicios y de toda especie de adivinación, los ánimos débiles se entregan á la superstición y no pueden discernir la verdad.

¿Qué conformidad existe entre los augures, ni qué acuerdo entre sus prácticas? En consonancia con nuestros augures, dice Ennio:

«Cuando truena á la izquierda es agüero favorable.»

Por el contrario, Ajax, según Homero, hablando de la fiereza de los Troyanos, dice á Aquiles:

«Júpiter ha tronado á la derecha en su favor.»

Luego para nosotros es favorable la izquierda, mientras que lo es la derecha para los Griegos y bárbaros. Bien sé que con frecuencia confundimos la una con la otra; pero

no es menos cierto que no estamos en esto de acuerdo con los extraños. ¿No es muy importante esta diferencia? ¿no le es también que empleen distintas cosas y distintas señales que nosotros? Necesario es confesar que la adivinación ha nacido del error, la superstición y la impostura.

XL. A todas estas supersticiones has añadido sin vacilar los presagios. Emilia dice á Paulo, que acepta el presagio: «Persio ha muerto:» Cecilia dice á su sobrina: «Te cedo mi puesto.» Citas las palabras «Guardad silencio,» y el presagio de la tribu prerrogativa en los comicios: esto es ser ingenioso y elocuente contra sí mismo; porque si te dedicas á tales observaciones, ¿cómo podrás conservar bastante libertad y tranquilidad de espíritu para escuchar á la razón en los negocios y no á la superstición? ¿Cómo! si alguno llega para decir, á propósito de lo que te interesa, algo que se relaciona con tus acciones ó propósitos, ¿será esto para tí motivo de temor ó confianza? En el momento en que M. Crasso se embarcaba en Brindis con su ejército, un mercader que vendía en el puerto higos de Cauno, gritaba *Cauneas*. Admitamos, si quieres, que este grito, por su semejanza con *Cave ne eas* (1), era para Crasso advertencia para no marchar, y que si hubiese obedecido á aquel presagio no hubiera perecido; pero admitamos: ¡el mismo tiempo que será necesario anotar cuidadosamente en adelante los tropiezos, correas rotas y estornudos.

XLI. Nos quedan las suertes y los Caldeos, antes de pasar á los vaticinios y los sueños. ¿Crees que debemos hablar algo de las suertes? ¿Qué es, pues, la suerte? Algo como el juego de la morra, los tejos ó los dados, en los que todo se hace por la casualidad y nada por razón y consejo. Su invención se debe enteramente á la codicia, la impostura, la superstición y el error. Pero procedamos en esto como en los auspicios: busquemos el origen de las

(1) Ten cuidado, no vayas.

suertes más famosas. Los anales de los Prenestinos dicen que Numerio Suffucio, varón respetable y de noble linaje, fué advertido muchas veces en sueños, hasta con amenazas, para que fuese á cierto paraje y partiese una piedra; que asustado por aquellas visiones, se propuso obedecer, á pesar de las burlas de sus conciudadanos, y que de la piedra partida salieron las suertes grabadas en encina, con caracteres antiguos. Aquel paraje, rodeado hoy por barrera sagrada, está cercano al templo de Júpiter niño, sentado con Juno sobre las rodillas de la Fortuna, amamantado por ella y con tanta piedad reverenciado por las madres de familia. Al mismo tiempo, en el mismo sitio, en donde se encuentra el templo de la Fortuna, brotó miel, según dicen, de un olivo: consultados los arúspices, contestaron que algún día llegarían á ser célebres aquellas suertes, y que, por su mandato, se hizo de aquel olivo un arca en la que encerráren las suertes que todavía hoy se sacan cuando lo aconseja la Fortuna. Pero ¿qué fe merecen unas suertes que se sacan á una señal dada por la Fortuna y que un niño coge al azar después de mezclarlas? ¿Cómo habían sido depositadas en aquella piedra? ¿Quién labró, pulió y grabó aquellas tablillas de encina? Nada hay, dicen los Estoicos, que no pueda hacer Dios. ¡Ojalá hiciese sabios á los Estoicos para que no lo creyesen todo por superstición y debilidad! Pero este género de adivinación está ya muy desacreditado. Si la belleza y antigüedad del templo han salvado del olvido á las suertes de Prenesto, á no ser las gentes del vulgo, ¿qué magistrado ni qué varón ilustre recurre á ellos? En los demás parajes las suertes han perdido toda la fama; y por esto dice Carneades, según refiere Clitomaco, que nunca había visto á la Fortuna más afortunada que en Prenesto. Omitamos, pues, este género de adivinaciones.

XLII. Vengamos á los prodigios de los Caldeos. Eudoxio, discípulo de Platón, príncipe de los astrónomos al

sentir de los varones más doctos, dijo en sus escritos que las predicciones y horóscopos de los Caldeos no merecen ninguna fe: Panecio, el único estoico que rechaza las predicciones de los astrólogos, nos dice que Arquelao y Casandro, astrónomos famosos de su época, no usaban para nada este arte. Scylax de Halicarnaso, amigo de Panecio, sabio en astrología y el primero en el gobierno de su ciudad, rechaza también este género de predicción de los Caldeos. Pero dejemos la autoridad de estos testigos y acudamos á la razón. Los que defienden á los Caldeos y sus horóscopos aseguran que existe en la zona figurada que los Griegos llaman ζῳδιακος, una fuerza motriz que hace varíen las disposiciones del cielo según que los diferentes astros se encuentran en una parte determinada de esta zona, ó al acercarse en épocas regulares; y que esta misma fuerza motriz se encuentra bajo la influencia de los astros que llamamos estrellas errantes. En el momento en que nace el niño, según que los astros se muestran en esta ó aquella parte del cielo, ó en la que tiene proximidad ó relación, resulta el triángulo ó el cuadrado. Como en cada estación del año se verifica tanta revolución en el cielo por la proximidad ó por el alejamiento de los astros, como vemos tantos efectos de la influencia del sol, creen no solamente verosímil, sino cierto, que la influencia bajo la cual nacen los niños determina su naturaleza, dependiendo de esto sus aptitudes, gustos, disposiciones del cuerpo y del ánimo, acciones, accidentes y circunstancias de su vida.

XLIII. ¡Oh delirio increíble! porque no se ha de dar el nombre de necedad á todo error. Diógenes el estoico concedé á los Caldeos la facultad de predecir algunas cosas, como la naturaleza y especiales aptitudes de alguno; pero les niega todo lo demás; porque dos gemelos enteramente semejantes en la forma, tienen con frecuencia vida y fortuna muy diferentes. Proclés y Eurístenes, reyes los dos de

Lacedemonia, eran gemelos, y sin embargo, no vivieron lo mismo el uno y el otro: Proclés murió un año antes que su hermano y le sobrepujó mucho en sus gloriosos hechos. Pero lo que el excelente Diógenes concede á los Caldeos por censurable indulgencia, niego yo que se les pueda otorgar. Porque como la Luna, según ellos, preside al nacimiento de los niños, y las notas de los Caldeos descansan en la observación de los astros con que la Luna se encuentra en conjunción en el instante del nacimiento, juzgan por el engañoso sentido de la vista lo que sería necesario ver por el espíritu y la razón. Los matemáticos enseñan lo que los Caldeos deberían saber: que la Luna está tan próxima á la Tierra que casi la toca; que está muy lejana del planeta, Mercurio, mucho más de Venus, mucho más todavía del Sol, del que se cree recibe la luz; y que del Sol á Marte, de éste á Júpiter, de Júpiter á Saturno, y de éste al cielo, que termina y rodea todo el universo, existen espacios inmensos é infinitos. ¿Qué influencia puede recibir la Luna ó mejor dicho, la Tierra á través de tales distancias?

XLIV. ¡Cómo! ¿cuando los astrólogos dicen, como necesitan decir, que cuantos nacen en toda la tierra bajo el mismo estado del cielo y de las estrellas tendrán igual destino, igual existencia, no hablan estos intérpretes del cielo como los que no conocen la naturaleza? En efecto, siéndolos esos círculos que dividen el cielo como por mitad, que los Griegos llaman *ὀρίζωντες*, y que nosotros podríamos llamar con mucha propiedad terminantes, porque en ellos termina nuestra visita, tan diferentes para los diversos países, siguese necesariamente que la salida y ocaso de las estrellas no son iguales en todas partes. Si pues los diferentes estados del cielo dependen de estas variaciones, ¿cómo pueden estar sometidos á la misma influencia los que nacen en el mismo día, siendo tan desemejante el cielo en las diferentes regiones? En el país que habitamos, la canícula aparece algunos días después del solsti-

cio de esto, en el de los Trogloditas aparece, según dicen, antes del solsticio: de lo que resulta que, si concediésemos la influencia celeste sobre los nacimientos, nos veríamos obligados á confesar que los que nacen al mismo tiempo pueden tener naturaleza diferente por la semejanza del cielo. Esto no lo conceden los Caldeos, sino que afirman, por el contrario, que todos los que nacen al mismo tiempo, do quiera que sea, nacen con el mismo destino.

XLV. Pero ¡qué demencia tan grande no tener en cuenta en esos rápidos cambios y mutaciones del cielo la influencia de los vientos, las lluvias y las estaciones; diferencias tan grandes, hasta en parajes muy próximos, que muchas veces hace un tiempo en Túsculo y otro en Roma! Los navegantes observan que después de doblar un promontorio se encuentra con frecuencia grandes cambios de viento. Ahora bien, encontrándose el aire en tanto tranquilo, en tanto agitado, ¿es de hombres sensatos no conceder que esto afecte al nacimiento (y verdaderamente no afecta) y pretender que un no sé que sutil que no puede sentirse, que apenas puede entenderse, y que procede de la influencia de la Luna y de las otras estrellas, determine las condiciones del recién nacido? ¡Cómo! ¿No es grande error eliminar de esta manera la potencia generadora que determina la creación del hombre? ¿No vemos diariamente hijos que recuerdan la figura, las costumbres, los gestos y movimientos de sus padres, lo cual sólo puede depender de la fuerza generadora y no de la influencia de la Luna y de las disposiciones del cielo? ¡Cómo! ¿tantos niños nacidos en el mismo instante, y que sin embargo se parecen tan poco por temperamento, acciones y destino, no prueban que en nada influye el momento del nacimiento en el resto de la vida? ¿Diremos acaso que no se engendró ni nació otro niño en el mismo instante que Scipión el Africano? ¿Y quién fué igual á él?

XLVI. ¡Cómo! ¿acaso es dudoso que muchos nacidos

con defectos y deformidades naturales fueron curados por la naturaleza misma ó por el arte y la medicina? Los que tienen la lengua tan adherente que no pueden hablar, ¿no se curan por la resección del frenillo? Otros muchos corrigen por sí mismos sus defectos empleando el ejercicio y el estudio. Así lo hizo Demóstenes, que, según refiere Falerio, no pudiendo pronunciar *Ro*, consiguió á fuerza de ejercicio pronunciarlo con suma claridad. Si estos defectos procediesen de la influencia de los astros, nada podría corregirlos. ¡Cómo! ¿la diferencia de regiones no produce multitud de variedades en la especie humana? Fácil sería enumerar aquí las diferencias físicas y morales que distinguen al Indio del Persa, al Etiope del Sirio, y anotar la increíble variedad de razas. Esto demuestra cuán superior es la influencia del clima á la de la Luna sobre los nacimientos. Cuando se dice que los Babilonios cuentan cuatrocientos setenta años de experiencia y observaciones sobre los nacimientos de los niños, se nos engaña. Si se hubiesen comenzado estas observaciones, no se habrían abandonado; y ningún testimonio tenemos que acredite que se hagan hoy ni que pruebe que se hayan hecho alguna vez.

XLVII. ¿No ves que hablo como Panecio, el príncipe de los Estoicos, y no como Carneades? Ahora te pregunto: ¿todos los que murieron en la batalla de Cannas habían nacido bajo la influencia del mismo astro? Sin embargo, todos tuvieron el mismo fin. ¿Y aquellos que tienen talento é ingenio singulares, nacen también bajo la influencia de una estrella singular? ¿Existe algún momento en que no ocurran innumerables nacimientos? Y sin embargo nadie se ha igualado á Homero. Si el estado del cielo y la disposición de los astros influyen sobre el nacimiento de cada animal, ¿no habrá de suceder lo mismo relativamente á las cosas inánimadas? ¿Y puede decirse algo más absurdo? Verdad es que nuestro amigo L. Tarucio Firmano, versadísimo en los cálculos de los Caldeos, remontando hasta los

días de las fiestas de Palas, en que, según la tradición fundó Rómulo la ciudad, decía que la Luna estaba entonces en Libra, y no vacilaba en sacar el horóscopo de Roma. ¡Oh potente fuerza del error! ¡el natalicio de una ciudad, bajo la influencia de la Luna y de las estrellas! Tenga influencia, si quieres, sobre el niño el astro bajo que comenzó á respirar; ¿someterás á la misma influencia el ladrillo ó el cemento con que está construída una ciudad? Mas ¿á qué continuar? Esta ciencia está cada día más desacreditada. ¡Cuántas predicciones recuerdo hicieron á Crasso, á Pompeyo y al mismo César los Caldeos! ¡Todos ellos habían de morir muy viejos, en su lecho y colmados de gloria! Después de esto, admírame que aun existan gentes bastante crédulas para prestar fe á aquellos cuyas predicciones se ven desmentidas diariamente por los hechos y acontecimientos.

XLVIII. Quedan los dos géneros de adivinación natural extraños al arte: vaticinios y sueños; de los cuales hablaremos, oh Quinto, si te place.—Sí, me agrada, respondió, porque hasta ahora asiento casi por completo á todo lo que has dicho; y hablando en verdad, si tus raciocinios me han fortalecido, parecíame ya por mí mismo que la opinión de los Estoicos, en cuanto á la adivinación, es demasiado supersticiosa, moviéndome mucho más los argumentos de los Peripatéticos, de Dicearco el viejo y de Cratippo, que todavía vive, los cuales suponen en la mente del hombre uno á manera de oráculo íntimo, que nos anuncia el porvenir; ora cuando nuestro espíritu se encuentra agitado por furor divino, ora cuando abandonado al sueño, goza de absoluta libertad. Quisiera saber lo que opinas acerca de estos dos géneros de adivinación y con qué razones los combates.

XLIX. Habiendo hablado de esta manera, entrando yo como en nueva discusión, comencé diciendo: No ignoro, Quinto, que siempre has tenido duda acerca de los géneros

de adivinación de que hemos hablado, al paso que admitas por completo los vaticinios y los sueños, que parecen emanación del alma que goza de completa libertad.

Mas antes de decirte mi opinión, examinemos el argumento principal de los Estoicos y de nuestro amigo Cratippo. Has dicho que Crisippo, Diógenes y Antipater raciocinaban de este modo: «Si existen Dioses y no dan á conocer á los hombres las cosas futuras, ó no aman á los hombres, ó ignoran lo futuro, ó creen que los hombres no tienen interés en conocerlo, ó consideran que no está conforme con la majestad divina tal revelación, ó en fin, carecen de medios para hacerla. Pero no puede decirse que no nos aman, porque los Dioses son benéficos y amigos del género humano; tampoco ignoran las cosas que ellos mismos han establecido ó decretado; no puede sernos indiferente el conocimiento de lo futuro, cuando tal conocimiento nos hace más prudentes: no pueden considerar esta revelación como impropia de su majestad, porque nada tan excelente como hacer bien; y, en fin, no pueden ignorar lo futuro. Luego si existen Dioses, nos revelan lo venidero. Es así que existen Dioses; luego nos revelan lo futuro. Siende de esta manera, nos dan medios para interpretar las señales que nos envían; de lo contrario, estas señales serían inútiles: si nos dan los medios, estos medios son la adivinación: luego existe la adivinación.» Oa gentes sutiles! ¡Creen haberlo probado todo con tan pocas palabras! ¡Deducen la consecuencia de antecedentes que no se les han concedido! La consecuencia solamente es verdadera cuando de proposiciones ciertas se deduce lo que se intentaba probar.

L. ¿Has visto cómo Epicuro, al que consideran rudo y obtuso los Estoicos, llega á demostrar que la naturaleza universal es infinita? «Lo que es finito, dice, tiene extremos.» ¿Quién no lo concedería? «Todo lo que tiene extremo puede ser visto desde fuera por alguno.» También hay

que conceder esto. «Es así que lo que lo comprende todo no puede verlo nadie desde fuera.» Tampoco puede negarse esta verdad. «Luego lo que lo comprende todo y no tiene ningún extremo es necesariamente infinito.» ¿Ves cómo llega á demostrar lo dudoso por medio de premisas verdaderas? Esto es lo que vosotros, que sois dialécticos, no hacéis: porque no solamente se os niegan las premisas, sino que aun cuando se os concedieran, la consecuencia que pretendéis deducir no sería legítima. Decís primeramente: «Si existen Dioses, son benévolos con los hombres.» ¿Quién os concederá esto? ¿acaso Epicuro, que asegura que los Dioses no se ocupan de nosotros ni de ellos mismos? ¿acaso nuestro Ennio, que con aplauso popular exclama:

«Siempre he dicho y siempre diré que existen Dioses; mas creo que no se ocupan de lo que hace el hombre?»

En seguida expone las razones en que apoya su opinión; pero no es necesario citar lo que sigue. Basta lo dicho para demostrar que los Estoicos sientan como cierto lo que es dudoso y controvertible.

LI. Añaden en seguida: «Que los Dioses nada ignoran, puesto que todo lo han establecido ellos.» Pero acerca de esto ¡qué diferencia de opiniones! ¡cuántos hombres doctos niegan que lo hayan establecido todo los Dioses inmortales! «Nos importa mucho conocer lo futuro.» En extenso libro sostiene Dicearco que es mucho mejor ignorarlo. «No repugna á la majestad de los Dioses revelárnoslo.» Será necesario que inspeccionen nuestras casas para conocer nuestras necesidades. «Es imposible que ignoren lo futuro.» Esto es lo que niegan aquellos que aseguran que el porvenir no puede ser cierto. ¿Ves cómo consideran como verdadero y admitido por todos lo que es objeto de discusión? En seguida resumen y deducen: «Luego si existen Dioses nos revelan lo futuro,» considerando esto como probado. A continuación añaden: «Es así que existen Dio-

ses,» lo cual no lo conceden todos; «luego nos lo revelan.» Consecuencia falsa, porque pueden existir Dioses y no revelarnos lo futuro. «Si nos instruyen de lo venidero, nos dan medios para conocer las señales que nos envían.» También es posible que, teniendo ellos este conocimiento, no lo concedan á los hombres. ¿Por qué habían de otorgarlo á los Toscanos con preferencia á los Romanos? «Si nos conceden los medios, estos medios son la revelación.» Supón que los conceden los Dioses, lo cual es absurdo; ¿qué importa, si nosotros no podemos recibirlos? Consecuencia: «Luego existe adivinación.» Este es el fin, pero no la conclusión legítima del argumento, porque de ellos hemos aprendido que lo verdadero no puede deducirse de lo falso. Cae por tierra, pues, la consecuencia.

LII. Pasemos ahora á la razón del excelente Cratippo, nuestro amigo: «Así como sin ojos, dice, no pueden existir el oficio y funciones de los ojos, aunque los ojos pueden algunas veces no ejercer sus funciones, y quien una vez se ha servido de los ojos para ver realmente los objetos, está realmente dotado del sentido de la vista; así también sin la adivinación no pueden existir el uso y funciones de la adivinación, aunque con la misma adivinación se puede errar á veces y no ver con exactitud; pero basta para dejar sentada la verdad de la adivinación, que una vez se haya adivinado bien, que no se pueda decir que fué por casualidad. Es así que tenemos innumerables ejemplos; luego ha de confesarse que existe adivinación. «El argumento es sutil y terminante; pero como sienta dos premisas á su capricho, aunque me mostrase tolerante con ellas, no podría conceder la consecuencia. «Si los ojos se engañan alguna vez, dice, basta que hayan visto bien algunas veces para concederles la facultad de ver; así, pues, si alguien adivinó con exactitud alguna vez, aunque en otras yerre, debe reconocérsele la facultad de adivinar.»

LIII. Considera, te ruego, querido Cratippo, si existe al-

guna paridad en el símil; por mi parte no la encuentro. Los ojos que ven bien, usan de una facultad natural; pero si el alma ha visto alguna vez lo futuro en vaticinios y sueños, ha sido por casualidad: á menos que esperes te concedan los que sólo como sueños consideran los sueños, que cuando resulta alguno como verdadero, por nada entra en él la casualidad. Pero concediéndote las dos proposiciones que los dialécticos llaman *λήμματα*, y que yo prefiero llamar en latín *sumtiones*, no puedo concederte la otra *asunción* (1) llamada *πρόσληψιν*. Dice Cratippo de este modo: «Es así que existen innumerables presentimientos que no son fortuitos.» Y yo contesto: ninguno. Ya ves cuán poco conformes estamos. Negada la menor, la consecuencia es nula. ¿Pero seremos impudentes al negar cosa tan clara? ¿Qué es claro? ¿que han resultado verdaderas muchas presunciones? ¿y cuántas otras, y en número mucho más considerable, han resultado falsas? Esta misma variedad, que tan propia es de la fortuna, ¿no enseña que el resultado es obra de la fortuna y no de la naturaleza? Además, si tu consecuencia es verdadera, oh Cratippo (pues contigo discuto), ¿no comprendes que pueden usar el mismo argumento los arúspices, los intérpretes de rayos y prodigios, los augures, los sortilegos y los Caldeos? Porque ni uno de éstos existe cuyas predicciones no se hayan visto confirmadas alguna vez por los acontecimientos. Luego has de admitir todos estos géneros de adivinación que con razón rechazas, ó si no existen, no sé cómo pueden existir las dos que conservas. La prueba que alegas es igualmente aplicable á las que rechazas.

LIV. Y ¿cuál es el privilegio de ese furor que llamáis divino, por medio del cual lo que el sabio no ve lo ve el demente, y aquel que perdió el sentido humano adquiere el divino? Conservamos los versos que dicen improvisó la

(1) Proposición menor del silogismo.

Sibila furiosa. Su intérprete, según falso rumor, debía declarar poco ha en el Senado, que si queríamos salvar á Roma era necesario proclamar rey al que realmente teníamos por rey. Si en esos libros se encuentra tal predicción, ¿á qué hombre y á que época se refiere? Buen cuidado tuvo el autor al no designar nombres ni tiempos, de acomodar sus profecías á todos los acontecimientos posibles. Además de ésto, se ha rodeado de tal oscuridad, que los mismos versos se prestan á las interpretaciones más diferentes. Por otra parte, nada menos parecido á la inspiración de un furioso que esos poemas, bien porque en ellos se ve más arte que excitación y movimiento, bien por esos *anagramas* que forman sentido con las letras primeras de los versos, como en algunas poesías de Ennio, en las que se encuentra que forman con las iniciales «Q. Ennius fecit» Existe en ellos sin duda más trabajo de ingenio que entusiasmo. Todas las sentencias de los libros sibilinos están compuestas de manera que con las letras iniciales de los versos, se forma el primero de la sentencia. Esto revela al escritor, y no al furioso; al hombre que trabaja cuidadosamente, y no al insensato. Ocultemos, pues, cuidadosamente los libros de la Sibila; permanezca prohibida su lectura sin permiso del Senado, como establecieron nuestros mayores; que antes sirvan para destruir que para fomentar la superstición, y que los intérpretes deduzcan cualquiera otra cosa que un rey; porque ni los Dioses ni los hombres lo soportarían jamás en Roma.

LV. Pero muchas veces existen vaticinios verdaderos, como el de Casandra:

Ya sobre el inmenso mar...

Y de la misma manera poco más adelante:

¡Ay! mirad...

¿Pretendes que crea hasta en las fábulas? Cualquiera que

sea el asunto, por mucha belleza que le añada el estilo, la armonía y el canto, no pueden tener autoridad, ni podemos considerarlas más que como ficciones. Lo mismo hemos de decir de no sé qué adivinos que llamáis Publicio y Marcio, como también de las respuestas de Apolo, de las que unas aparecen evidentemente falsas, y otras aventuradas con osadía: los hombres medianamente instruidos no creyeron jamás en ellas, y mucho menos aún las personas ilustradas. ¡Cómo! dirás, ¿el remero de la armada de Coponio no predijo lo que sucedió? Sí; y lo que todos temíamos entonces. Sabíamos que los dos ejércitos estaban frente á frente en Tesalia, y nos parecía que el de César era más audaz, como de hombre que hace guerra á su patria, y más aguerrido; puesto que le formaban tropas veteranas. Ninguno de nosotros dejaba de temer el resultado de la batalla, pero como conviene á hombres fuertes, ocultándolo. ¿Puede sorprender, en cuanto al marinero griego, que si el miedo le turbó el espíritu, como frecuentemente sucede, comenzase á publicar una catástrofe que había temido cuando gozaba de razón? Mas ¿por los Dioses y los hombres! ¿es más probable que un marinero demente ó uno de nosotros, Catón, Varrón, Coponio, yo mismo, que nos encontrábamos allí(1) reunidos, penetrase en el secreto de los Dioses inmortales?

LVI. Pero vengo ya á tí:

«Oh divino Apolo, en cuyo templo, colocado en el centro de la tierra, resonaron por primera vez supersticiosas y crueles palabras.»

Crisippo llenó un volumen entero con tus oráculos, falsos unos, en mi opinión; otros comprobados por casualidad, como frecuentemente sucede con todo lo que se dice; otros tan vagos y tan oscuros que el intérprete necesita intérprete, y hasta sería necesario recurrir á las suertes

(1) En Dirraquio.

para comprender las suertes mismas; algunos, en fin, tan ambiguos que habrían de someterse á los dialécticos. Así, pues, cuando un poderoso rey del Asia recibió esta respuesta:

«Cresso, pasando el Halys, destruye un grande imperio,» creyó que destruiría el de su enemigo, y destruyó el suyo. En uno y otro caso hubiese sido verdadero el oráculo. Mas ¿por qué he creer que se dijo tal cosa jamás de Cresso? ¿Ha de ser más verídico Herodoto que Ennio? ¿No pudo inventar este oráculo como inventó Ennio el de Pirro? ¿Quién puede creer que el oráculo de Apolo dijese á Pirro:

«Yo te lo digo, Eacida, ¿el romano podrá vencer? En primer lugar, Apolo no habló nunca en latín; en segundo lugar, los Griegos no conocen este oráculo; además, en tiempo de Pirro, Apolo no hacía ya versos; y en último caso, como dice Ennio, á pesar de que

«La raza estúpida de los Eacidas sea más poderosa por las armas que por la sabiduría,»

Pirro habría tenido bastante sutileza para comprender que aquel verso tan anfibológico lo mismo podría interpretarse contra él que contra los Romanos. En cuanto á la anfibología que engañó á Cresso, también habría engañado á Crisippo, pero ésta, ni siquiera á Epicuro.

LVII. Pero, y esto es esencial, ¿por qué no se pronuncian hoy tales oráculos en Delfos, y desde hace mucho tiempo cayeron en profundo descrédito? Cuando se os estrecha en este punto, contestáis que la virtud que brotaba de la tierra y excitaba la mente de la Pitonisa se ha desvanecido. Parece que habláis de vino ó de alguna salazón que se disipan con el tiempo. Pero se trata de la virtud de aquel paraje, de una virtud no solamente natural, sino casi divina. ¿Cómo se ha evaporado? Por efecto del tiempo, dicen. Pero ¿qué serie de siglos puede destruir una virtud divina como ésta, que exhalada de la tierra, obraba tan poderosamente sobre el ánimo, dándole no sólo el conoci-

miento de lo futuro, sino que también la facultad de predecir en verso? ¿Y desde cuándo ha desaparecido esta fuerza secreta? ¿acaso desde que los hombres comenzaron á ser menos crédulos? Demóstenes, que vivía hace unos trescientos años, llamaba en su tiempo φιλιππιζειν á la Pitonisa (es decir, que se entendía con Filipo); indicando así que Filipo la corrompía. Deducirse puede, por consiguiente, que no eran más sinceros los demás oráculos de Delos. Mas ignoro por qué vuestros filósofos, supersticiosos y casi fanáticos, no perdonan medio para mostrarse ineptos. Preferís creer lo que hubiese sido eterno, si alguna vez hubiese existido, á no creer lo que no es creible.

LVIII. Igual es su error en cuanto á los sueños; ¡qué esfuerzos hacen para defenderlos! Consideran divinas nuestras almas y procedentes de origen superior, y el mundo lleno de multitud de espíritus en comunicación con el nuestro; siendo esta naturaleza divina y esta comunicación que nuestra alma sostiene con tan numerosos espíritus lo que la da el privilegio de ver lo futuro. Zenón, por el contrario, considera el sueño como contracción, postración y debilitación del alma. Dos filósofos tan eminentes como Pitágoras y Platón nos recomiendan prepararnos al sueño con la temperancia y la sobriedad si queremos ver la verdad en ellos. Los Pitagóricos llegaban hasta abstenerse de las habas, como si este alimento cargase el alma y no el estómago. En fin, no sé qué absurdo tan grande podría decirse que no lo haya dicho algún filósofo. En último caso, ora admitamos que los movimientos del alma en los sueños son espontáneos, ora creamos con Demócrito que la impresiona una visión exterior y accidental, de una ú otra manera, lo falso puede presentárenos con apariencias de verdad. Los navegantes creen ver moverse lo que está inmóvil, y con cierta disposición de los ojos vemos dos luces donde no hay más que una. ¿Qué diré de lo que ven en sus ilusiones los dementes y los ebrios? Y si en estas vi-

siones no ha de creerse, ignoro por qué ha de prestarse fe á los sueños; porque, en último caso, ¿no puedes explicar estas visiones de la misma manera que los sueños? Podrías decir que el movimiento aparente de lo que está inmóvil significa la proximidad de un terremoto ó de repentina fuga; la doble luz de una lámpara, discordia y sedición.

LIX. Las visiones de la locura y de la embriaguez podrían proporcionar innumerables conjeturas relativamente á lo futuro. ¿Quién, ejercitándose todo el día en lanzar dardos, no toca algunas veces el blanco? Todas las noches soñamos y casi ninguna pasamos sin dormir. ¿Y nos admira que algo de lo que soñamos se realice? ¿Hay algo más inseguro que los dados? Y sin embargo, no hay nadie que, arrojándolos frecuentemente, no saque el punto de Venus, quizá hasta dos y tres veces seguidas. ¿Seremos tan ineptos que lo atribuyamos á Venus y no á la casualidad? Si en los demás momentos no debe creerse en falsas apariencias, no veo por qué ha de tener el sueño el privilegio de hacer pasar lo falso por verdadero. Si la naturaleza hubiese querido que hiciésemos en sueños todo lo que pensamos hacer, necesario sería atar á los que van á acostarse, porque harían más extravagancias que los locos. Si no debe prestarse fe á las visiones de los insensatos porque son falsas, no veo por qué ha de creerse en aquellas, mucho más absurdas todavía, que produce el sueño. ¿Acaso porque los locos no van á referir sus visiones como los soñadores á los intérpretes? Pregunto yo: si deseo escribir ó leer algo, cantar ó pulsar un instrumento, dedicarme á algún estudio de geometría, de física ó de dialéctica, ¿habré de esperar algunos años, ó me dedicaré al arte, sin el cual no podría satisfacer ningún deseo de éstos? Seguro es que si navegase no guiaría la nave según los sueños, porque muy pronto recibiría el castigo. ¿Quién sostendrá que el enfermo debe pedir la curación al intérprete de sueños antes que al médico? Si Esculapio y Sérapis pueden pres-

cribirnos en sueño remedios propios para nuestras dolencias, ¿no puede Neptuno hacer un buen piloto de la misma manera? Y si Minerva puede curarnos sin médico, ¿no podrán las Musas enseñarnos en sueños á escribir, leer y todas las demás artes? Si en sueños se pudiese curar la enfermedad, posible sería también todo lo que acabo de decir. Es así que no es posible; luego tampoco la medicina. Quitada ésta, desaparece toda la autoridad de los sueños.

LX. Vistas estas consideraciones preliminares, pasemos al fondo de la cuestión. O cierta virtud divina, velando por nosotros, nos advierte en sueños, ó los que los explican, partiendo de una relación, de un encadenamiento que llaman *συνάφεια* (simpatía), adivinan lo que cada sueño significa y los acontecimientos que anuncia: ó bien, siguiendo otro orden, observaciones constantes y diarias han demostrado que tal visión precede ordinariamente á tal acontecimiento. En primer lugar, fácilmente se comprende que no produce nuestros sueños ninguna virtud divina, y que no proceden de los Dioses las visiones que los acompañan. Si los Dioses nos enviasen los sueños, sería para instruirnos de lo futuro. Mas ¿qué pocos son los que creen en los sueños, los que los comprenden y recuerdan! Y por el contrario, ¡cuantos los desprecian y dejan esta superstición para las viejas y mentes enfermas! ¿Por qué un Dios amante de los hombres les advertiría por medio de sueños de los que no se cuidan ni siquiera recuerdan? Dios no puede ignorar las disposiciones de ánimo de cada uno, y sería indigno de Él obrar inútilmente y sin objeto, puesto que tal cosa repugnaría á los hombres prudentes. Pero si la mayor parte de los sueños quedan ignorados ó despreciados, ó Dios no lo sabe ó nos da avisos inútiles. Pero ni lo uno ni lo otro es propio de Dios; luego necesariamente hemos de confesar que Dios no significa nada á los hombres por medio de los sueños.

LXI. Preguntaré, además: si Dios nos manda estas visiones para instruirnos de lo futuro, ¿por qué no las manda más bien á los despiertos que á los dormidos? Sea que impulso exterior y accidental obre sobre nuestra alma durante el sueño, sea que nuestros espíritus se renueven por sí mismos, sea que por cualquiera otra causa creamos ver, oír ó hacer algo dormidos, la misma causa podría obrar durante la vigilia; y si esto fuera favor de los Dioses dispensado á los hombres, preferirían otorgárnoslo á los despiertos, puesto que Crisippo, refutando á los Académicos, sostiene que las visiones son mucho más claras durante la vigilia que en el sueño. Más digno habría sido de los Dioses protectores mandarnos visiones claras en las vigiliass, que oscuras en el sueño. No sucediendo así, no deben considerarse los sueños como divinos. Por otra parte, ¿á qué esos ambajes y rodeos que obligan á recurrir á intérpretes? Si un Dios quisiera aconsejarnos, ¿por qué no nos había de decir directamente y encontrándonos despiertos: «Haz esto, no hagas aquéllo?» ¿Y quién se atrevería á decir que todos los sueños son verdaderos? «Hay algunos sueños verdaderos, dice Ennio, pero no es necesario que todos los sean.»

LXII. ¿Cómo se distinguen? ¿Cuáles son los verdaderos y cuáles los falsos? Si Dios nos envía los verdaderos, ¿de dónde proceden los falsos? Porque si éstos son divinos también, ¿qué hay más inconstante que Dios? ¿á qué esa ligereza de perturbar el ánimo de los mortales con visiones falsas y mentirosas? Pero si los verdaderos son divinos y los falsos puramente humanos, ¿no se establece una división arbitraria entre la divinidad y la naturaleza? ¿Por qué no han de proceder todos los sueños de Dios, lo cual negáis, ó todos de la naturaleza, como tenéis que confesar al rechazar lo primero? Entiendo aquí por naturaleza lo que hace que el ánimo no pueda encontrarse nunca sin agitación ni movimiento. El alma, durante la languidez del cuerpo, pri-

Vada del uso de los miembros y de los sentidos, cae en sueños vagos é inciertos que, como dice Aristóteles, no son otra cosa que las huellas de los pensamientos y acciones de la vigilia, rastros confusos de los que nacen extrañas visiones. Si algunas de éstas son falsas, quisiera saber por qué carácter se distinguen. Si no es posible distinguirlas, ¿á qué escuchar á los intérpretes? Si existe algún carácter distintivo, deseo conocerlo; pero no contestarán.

LXIII. La cuestión queda reducida á saber si los Dioses inmortales, soberanos señores de todas las cosas, corren en pos de todos los mortales, donde quiera que estén, no solamente á los lechos, sino que también á las camastros, para encontrar alguno roncando y presentarle visiones oscuras y tortuosas que á la mañana siguiente referirá asustado al adivino; ó que los sueños sean únicamente resultado natural de la agitación del ánimo, que imagina ver dormido lo que le impresionó durante la vigilia. ¿Qué está más conforme con la filosofía, descansar en las supersticiosas interpretaciones de las viejas, ó en una explicación conforme con las leyes de la naturaleza? En último caso, si fuese posible interpretar los sueños, los que hoy se dedican á hacerlo, serían incapaces de ello, porque son hombres muy despreciables é ignorantes. Tus Estoicos dicen que solamente el sabio puede ser adivino; por lo que Crisippo definía la adivinación: virtud que conoce, ve y explica las señales que los Dioses envían á los hombres. Virtud cuya operación consiste en presentir las disposiciones de los Dioses para con los hombres, lo que les pronóstican, y lo que deben hacer para aplacarles y tenerles propicios. También define el arte de interpretar los sueños: virtud que ve y explica lo que los Dioses revelan á los hombres en los sueños. ¿Qué deduciremos? ¿bastará para este trabajo prudencia vulgar, ó será indispensable talento superior y vasta erudición? Jamás hemos conocido á nadie que reuna tales condiciones.

LXIV. Considera también que, concediéndote que existe adivinación, cosa que no haré jamás, no podremos encontrar ningún adivino. ¿Qué propósito pueden tener los Dioses al enviarnos en sueños señales que no podemos comprender y para las que no hemos de encontrar intérpretes? Semejantes son los Dioses, si nos presentan visiones cuya inteligencia y explicación no alcanzamos, á Cartagineses ó Españoles que hablasen en el Senado sin intérprete. ¿Para qué sirven, pues, las oscuridades y enigmas de los sueños? Los Dioses habían de querer que entendiésemos aquello de que nos advierten por nuestro propio interés. ¡Cómo! exclamarás, ¿no existe poeta ni físico oscuro? Demasiado lo es Euforión; pero no sucede lo mismo con Homero. ¿Cuál de ellos te parece mejor? Heráclito lo es mucho también, y en nada lo es Demócrito. ¿Puede comparáseles? Me adviertes por interés mío, pero si no te comprendo ¿para qué me adviertes? Esto es lo mismo que si un médico mandase al enfermo que tomara

«Un hijo de la tierra, herbívoro, sin huesos ni sangre y llevando á cuestas su casa,»

En vez de decir un caracol, como se dice siempre. El Amfión de Pacuvio, habiendo hablado de

«Un cuadrúpedo lento, agreste, tímido, cubierto de asperezas, con la cabeza corta y aguda como la de la serpiente, de repugnante aspecto, sin vísceras, sin aliento, pero con sonido,»

Encontrándolo oscuro los Atenienses, exclamaron: «No te comprendemos; habla con claridad.» A lo que contestó con una palabra: «La tortuga.» ¿No podías decirlo desde el principio, citarista?

LXV. Refiere uno al intérprete que soñó que un huevo estaba colgado de las cortinas de su lecho (esto se encuentra en el libro de Crisippo sobre los sueños), y el intérprete le contesta, que existe un tesoro enterrado debajo de aquel lecho. Excava, encuentra un poco de oro y de plata

y manda lo menos que puede de la plata al adivino. ¿Y nada de la yema? dice éste, porque; según él, la yema del huevo representaba el oro; y la clara la plata. ¿Pero nadie hasta entonces había soñado con el huevo? ¿Por qué éste solamente encuentra el tesoro? ¿Cuántos desgraciados, dignos de favor de los Dioses, nada soñaron jamás que les proporcionase el hallazgo de un tesoro? ¿Por qué, en fin, se le advierte á este hombre por la lejana semejanza de un huevo con un tesoro, en vez de mandarlo terminantemente que desentierre el tesoro, como se prohibió con claridad á Simónides que se embarcase? Luego los sueños oscuros no están conformes en manera alguna con la majestad de los Dioses.

LXVI. Pasemos ahora á los sueños claros y evidentes, como el que se refiere al asesinado por el posadero de Megaris; el de Simónides, á quien prohíbe embarcarse el mismo á quien había enterrado; el de Alejandro, que, con admiración mía, no has citado. Su amigo Ptolomeo, herido en un combate por una flecha envenenada, sufría terribles dolores: Alejandro, sentado junto á su lecho, se quedó dormido. Dicese que entonces vió al dragón que amamantaba su madre Olimpia, y le indicó un paraje próximo donde se encontraba una raíz que llevaba en la boca y cuya virtud era tal que sanaría fácilmente Ptolomeo. Cuando despertó Alejandro, refirió á su amigo el sueño, y mandó buscar aquella raíz. Encontráronla, y se dice que no solamente sirvió para curar á Ptolomeo, sino que también á muchos soldados heridos por flechas de aquella clase. Has citado muchos sueños tomados de los historiadores, como los de la madre de Falaris, del primer Ciro, de la madre de Dionisio, de Amílcar, de Anníbal, de P. Decio, aquel otro tan conocido del primer mímico de los juegos, el de Graco y el más reciente de Cecilia, hija de Balearico. Pero todos estos sueños los han tenido otros, y por lo tanto no podemos conocerlos. Acaso serán muchos de ellos inventados:

¿quién será su autor? Y en cuanto á los nuestros, ¿qué habremos de decir? ¿Qué he de decir de aquel en que me viste caer al río y reaparecer con el caballo en la otra orilla? ¿Y de aquel en que se me apareció Mario con los haces laureados y mandó me llevasen á su monumento?

LXVII. Todos los sueños, oh Quinto, tienen la misma razón; y ¡por los Dioses inmortales! cuidemos de que la superstición no se sobreponga á la razón. ¿Qué Mario crees que ví yo? su semejanza, su imagen, según la opinión de Demócrito. ¿De dónde procedía aquella imagen? porque sostiene que las imágenes proceden de cuerpos sólidos que tienen forma determinada. ¿Qué cuerpo tenía Mario entonces? El mismo que tuvo, se dirá, porque todo está lleno de imágenes. Luego esta imagen de Mario me siguió al campamento de Atina, porque no se puede tener idea sino por la impresión de las imágenes. ¡Cómo! ¿de tal manera nos obedecen estas imágenes, que hasta las de lo que no existe se nos presentan en cuanto queremos? ¿Qué forma tan inusitada hay, tan quimérica, que no pueda fingirla el ánimo? nos representamos lo que no hemos visto jamás, la situación de una ciudad, la figura de un hombre. Cuando imagino las murallas de Babilonia ó la figura de Homero, ¿me impresiona alguna imagen que se les parezca? En este caso nada hay que no podamos conocer cuando queramos, porque nada hay que no podamos imaginarlo. Pero ninguna imagen exterior se nos presenta durante el sueño, ni existe nada de lo que asegura Demócrito, ni jamás conocí quien dijera vaciedades con más autoridad. El alma tiene poderoso vigor natural que ejerce durante la vigilia sin el auxilio de ningún impulso exterior, por su propio movimiento y con increíble celeridad. Servida por los miembros, el cuerpo y los sentidos, ve, piensa y siente con mayor certeza. Privada de estos instrumentos, abandonada por el cuerpo aletargado, se agita por sí misma, imagina formas y acciones y cree ha-

biar y oír muchas cosas. En estos momentos de debilidad y abandono se la ofrecen ideas confusas y variadas, naciendo principalmente de algunas reliquias de cosas en que hemos pensado ó que hemos hecho durante la vigilia. En aquel tiempo pensaba yo mucho en Mario, y placíame recordar con cuánto valor y firmeza soportó la adversidad. Creo que esta fué la causa de que soñase con él.

LXVIII. En cuanto á tí, como pensabas en mí con inquietud, me viste salir repentinamente de un río. En nuestros ánimos quedaban restos de las zozobras de las vigili-
as, y á estos pensamientos se unió en mí la idea del monumento de Mario, y en tí la del caballo que, cayendo conmigo en el río, reaparece conmigo en la otra orilla. ¿Y crees que habría vieja bastante insensata para prestar fe á los sueños, si la casualidad no realizase algunos? Alejandro creyó ver y oír hablar á un dragón. Esto puede ser verdadero ó falso, pero en todo caso no es maravil oso; no oyó, creyó oír al dragón, y lo que es más aún, el dragón hablaba con una raíz en la boca. Pero nada es imposible en un sueño. Sin embargo, pregunto: ¿por qué Alejandro, que tuvo entonces aquel sueño tan notable, tan claro, no tuvo jamás uno semejante, ni otros tampoco? Por mi parte, fuera del de Mario, no puedo citar otro, habiendo dormido en vano durante una vida que ya es larga. Desde que interrumpí los trabajos del foro, hasta he abreviado mis vigili-
as, y duermo siesta, contra lo que acostumbraba antes. Mas duermo en vano, porque ningún sueño ha venido á revelarme ios grandes acontecimientos que se han realizado, y nunca me parece que sueño como cuando veo todavía en el foro los magistrados ó en la curia el Senado.

LXIX. ¿Cuál es (y paso á la segunda parte de la división) esa relación (que como dije llaman los Griegos *κοιτάματα*) por la cual un huevo significa un tesoro? Los médicos conocen por ciertas señales el origen ó agrava-

ción de las enfermedades, y hasta pretenden obtener por determinados sueños indicaciones acerca del estado de la salud, por ejemplo de plenitud ó extenuación. Mas un tesoro, una herencia, una dignidad, una victoria y otras cosas semejantes, ¿qué relación natural pueden tener con los sueños? Dicese que un hombre en un sueño venéreo arrojó cálculos. Veo que la relación y el efecto de ese sueño debe atribuirse á la fuerza de la naturaleza y no á la ilusión que lo acompañaba. Pero ¿cómo explicar naturalmente el fantasma que prohibió á Simónides embarcarse? ¿qué relación natural puede atribuirse al sueño de Alcibiades, que poco antes de morir soñó, según se dice, que estaba vestido con las ropas de su amante? Verdad es que cuando le asesinaron, le arrojaron insepulto y le abandonaron todos, su amante cubrió el cadáver con su manto. Pero este suceso, ¿dependía de causas naturales, ó la casualidad que suscitó el sueño no hizo también le demás?

LXX. ¿Cómo! ¿las mismas conjeturas de los intérpretes no revelan mejor la sutileza de su ingenio que la fuerza y concurso de la naturaleza? Un corredor que pensaba disputar el premio en los juegos olímpicos, soñó que le llevaban en un carro con cuatro caballos. A la mañana siguiente fué al intérprete. «Vencerás, le dijo éste; eso anuncian el vigor y ligereza de los caballos.» En seguida fué á Antifón. «Necesariamente serás vencido, le contestó; ¿no ves que han corrido cuatro antes que tú?» He aquí otro corredor (porque de estos sueños están llenos los libros de Crisippo y de Antipater); he aquí otro corredor que refiere á un intérprete que había soñado que se había convertido en águila. «Vencerás, le dice, porque ningún ave vuela con tanta rapidez como el águila.—¿Cómo! ¿no ves que serás vencido? dice Antifón, porque el águila, que persigue á las demás aves, vuela siempre detrás de ellas.» Una mujer que deseaba ardientemente tener un hijo, y

que no sabía si estaba ó no en cinta, soñó que le habían cerrado los órganos sexuales. Consulta: un intérprete le dice que no ha concebido, puesto que está cerrada; el otro, que se encuentra en cinta, porque no se suele cerrar lo que está vacío. ¿Qué arte de interpretar es este por medio de agudezas? ¿Qué otra cosa hemos de encontrar en estos ejemplos y en otros muchos reunidos por los Estoicos, sino sutilezas y conjeturas contrarias, fundadas en alguna semejanza vaga? Los médicos consideran el pulso, la respiración del enfermo, y en estas y otras observaciones naturales fundan sus previsiones. Cuando los pilotos ven los calamares saltando del agua, y refugiarse los delfines en los puertos, prevén la tempestad. La razón de estos pronósticos puede explicarse y colocarse entre las leyes de la naturaleza; pero en lo que antes cité no puede hacerse lo mismo.

LXXI. Pero observación continua (y esta es la última parte), cuidadosamente anotada, ha creado el arte. ¿Cómo! ¿se han observado los sueños? ¿por qué medio? Los sueños varían hasta lo infinito, y nada puede imaginarse tan extravagante, extraño y monstruoso que no pueda soñarse. ¿Cómo, pues, retener en la memoria ó conservar por anotaciones cosas tan innumerables y tan variadas que siempre son nuevas? Los astrónomos han calculado la marcha de las estrellas, y contra la opinión del vulgo, han reconocido orden invariable en los movimientos de los astros. Y yo pregunto: ¿á qué orden, á qué reglas están sometidos los sueños? ¿Cómo distinguir los verdaderos de los falsos, cuando á sueños iguales, ocurridos á la misma persona ó á muchas, siguen acontecimientos diferentes? No me admira que no se crea al mentiroso si alguna vez dice verdad, pero sí es de admirar que estos filósofos, apoyándose en una excepción en vez de hacerlo en numerosos hechos, den fe á todos los sueños indistintamente porque uno resultó verdadero.

Si pues los sueños no proceden de Dios, si no tienen conexión ninguna con la naturaleza, si el arte de interpretar los no pudo nacer de la observación, demostrado está que no merecen ninguna fe, principalmente porque los que los tienen no los comprenden, los que los interpretan se fundan en conjeturas y no en la naturaleza, porque la casualidad que los ocasiona ha producido en tantos siglos otros muchos efectos más maravillosos aún; y, en fin, porque nada hay más incierto que un arte conjetural que lleva á interpretaciones diferentes y muchas veces contradictorias.

LXXII. Rechacemos, pues, la adivinación por los sueños de la misma manera que todas las otras. A decir verdad, la superstición, difundida universalmente, ha subyugado todos los ánimos y dominado por todas partes la debilidad humana. Ya lo dije en los libros sobre la Naturaleza de los Dioses, y acabo de demostrarlo con mayor claridad todavía, que realizaríamos obra muy útil para nosotros mismos y para los demás si arrancásemos de raíz estas creencias. Porque (y deseo que esto se entienda bien) destruir la superstición no es destruir la religión. Propio del sabio es respetar las instituciones religiosas y ceremonias de nuestros mayores: la belleza del universo, el orden de las cosas celestes nos obligan á confesar la existencia de una naturaleza superior, excelente y eterna, merecedora de la admiración y respeto del género humano. Así, pues, debemos trabajar con igual ardor en propagar la religión que va unida con el conocimiento de la naturaleza, como en arrancar hasta las últimas raíces de la superstición. La superstición nos amenaza, nos estrecha y nos persigue por todos lados: las palabras de un adivino, un presagio, una víctima inmolada, un ave que vuela, el encuentro de un Caldeo, un arúspice, un relámpago, un trueno, un objeto herido por el rayo, un fenómeno que tenga algo de prodigioso, cosas todas que deben ocurrir con frecuencia, nos inquietan y perturban nuestro reposo. Hasta el sueño.

en el que deberíamos encontrar olvido de las fatigas y cuidados de la vida, se convierte para nosotros en manantial de nuevos terrores. Mas vanos y despreciables aparecerían sin duda estos temores, si el patrocinio de los sueños no lo hubiesen proclamado altamente filósofos dignos de consideración, dialécticos hábiles, argumentadores agudos y á los que se considera casi como sabios perfectos, y tal vez se les tendría por merecedores de esta calificación si Carneades no hubiese resistido sus exageraciones. Con éstos principalmente tenemos que discutir, pelear, porque lejos de contemplarles como enemigos despreciables, les vemos defender sus opiniones con más sutileza y arte que los demás. Sin embargo, siendo propio de la Academia no resolver de plano la cuestión, sino aprobar lo que le parece verdadero, comparar los sistemas, exponer lo que puede decirse en apoyo de cada opinión, y sin imponer su autoridad dejar libertad completa á los oyentes para juzgar, permaneceremos fieles á la costumbre que nos trasmitió Sócrates, con el que, si te parece bien, querido hermano Quinto, nos conformaremos frecuentemente.

Nada puede serme más agradable, me contestó. Dicho esto, nos levantamos.
